

In memoriam: D. Julián Álvarez Villar

por Vicente Sierra Puparelli

Don Julián y yo nos conocimos hacia el año 1995. Nos había citado el director de La Gaceta para proponernos la edición de un libro sobre Salamanca, en fascículos coleccionables, que después se titularía "*Salamanca monumental*". Por supuesto, el autor era él, yo simplemente haría las fotos. En aquellos tiempos estaba jubilado. Era una persona muy importante como historiador del arte. Recuerdo cómo le respetaban -casi con devoción- los profesores de esa Facultad, la mayoría antiguos alumnos suyos, cuando los encontrábamos por la calle.

Para Julián hacer aquel libro era "pan comido"; ya había hecho varios de ese tipo, pero lo afrontó con mucha ilusión: debía ser riguroso, por supuesto pero, a la vez, el libro debía llegar al público en general, a la gente normal de la calle, puesto que los fascículos se regalarían los sábados junto con un ejemplar del periódico y, como decía él, era el primer libro suyo que tendría 20.000 lectores. Todo un best seller...

Los del periódico tenían prisa en sacar el libro; al mes siguiente debía estar el primer fascículo en la calle. Era invierno, llovía, la luz era mala para la piedra dorada de Salamanca, las fotos no lucían como debía ser. Así que Julián se plantó, dijo que así no se podía publicar el libro y que habría que esperar que hubiera buena luz. Recuerdo bien lo que le dijo al director de La Gaceta: "Un libro sobre Salamanca no puede ir con fotos que no lo merezcan. Es un lujo tener esta piedra dorada que no hay en ningún sitio y, si esperamos unos meses, el libro ganará calidad y lectores". Así fue, nos dieron el verano de plazo y el libro empezó a salir en Octubre, con buenas fotos.

Fue un éxito, desde la primera entrega. De hecho, hubo que ampliar sobre la marcha algún capítulo -el dedicado a la Universidad-. Ello dio lugar a que La Gaceta continuase contratándonos para la serie de libros que siguieron. Cada uno dedicado a un monumento, la Casa de las Conchas, los Dominicos, la Clerecía, los Rincones Salmantinos, el Mecenazgo de Monterrey, etc. Aunque luego la serie siguió con otros autores, Nieto, Frías, Manuel Pérez, Lahoz, Azofra, Mariano, etc. con los que trabajé también muy a gusto.

Don Julián era meticuloso, exigente. Me hacía un listado de las fotos que quería y, a veces, me indicaba la mejor hora para hacerlas: "Si vas a las cinco de la tarde tendrás luz rasante y se verán bien los muebles del escudo". En aquellos tiempos no existía la fotografía digital; eran diapositivas y las veíamos en sesiones "como el cine", a oscuras y con pantalla grande, en su casa o en la mía. Yo le proyectaba varias fotos del tema a tratar y me decía: "La foto está muy bien, buena luz, buena nitidez, pero... no se ve el escudo de la derecha de la puerta, o el detalle de la izquierda..." Lo dicho, muy exigente: me tocaba repetir... ¡Ay! Los escudos, tenían que verse bien, con sol rasante, nada de luz plana...; entendía de fotografía y él mismo tenía una importante colección de diapositivas.

En esas sesiones de, a veces, horas, me contaba cosas o respondía a mis preguntas sobre Arte o Historia, siempre con paciencia de buen maestro; nunca me dijo: "¿Pero no sabes eso?", a pesar de mi ignorancia supina sobre estos temas. Por cierto, que alguien me dijo alguna vez

que, como profesor, era a veces muy duro o exigente en extremo. Conmigo siempre fue amable y me trató con benevolencia paternal. Y siempre valoró mi trabajo de, en este caso, sencillo fotógrafo, hasta citarme de vez en cuando en sus textos, "ese escudo es de gran belleza y exquisita labra, como puede verse en la fotografía de Puparelli..." Por supuesto que le agradecí esa deferencia para conmigo, estando a su disposición a cualquier hora.

Con el tiempo y el trato nos hicimos buenos amigos. Yo conocía a su familia y él a la mía, me contaba "batallitas", como cuando fue a Italia con su coche y se lo robaron (o al menos la documentación, no recuerdo). Para colmo, los ladrones cometieron tropelías que luego le endosaron a él, por lo que le declararon persona non grata para entrar en Italia...; quien lo hubiera dicho, a un enamorado del Arte como él. La de veces que me contó lo del obispo Alfonso de Paradinas, de Ciudad Rodrigo, copista del *Libro del Buen Amor* y después destinado en Roma, fundador de la iglesia de Santiago de los Españoles, en Piazza Navona, en cuya portada figura su escudo, y que pudo ser la primera obra del incipiente Renacimiento italiano (sí, curiosamente promovida por un español).

Era muy constante en sus investigaciones, como debe ser en ese oficio. Cuando estaba escribiendo el libro sobre la Casa de las Conchas (el último, porque tiene varios), estubo mucho tiempo buscando en los archivos el testamento de Rodrigo Maldonado de Talavera, autor de la Casa, hasta que lo encontró donde nadie lo esperaba, entre los papeles de la Orden de Santiago. Recuerdo lo contento que se puso, como si hubiera descubierto algo muy importante; después vendría la pequeña decepción, al estudiarlo y comprobar que el testamento apenas aportaba nada a lo ya conocido.

El libro de *Salamanca desconocida* le hizo disfrutar de sus conocimientos y de su veteranía. Esos lugares salmantinos desconocidos para el público, como la Sala de Manuscritos, los sótanos de la Catedral, la primitiva ubicación del Cielo de Salamanca, el Palacio de Monterrey... Para este último solicitó permiso oficialmente al entonces Duque de Alba, D. Jesús Aguirre; aún estoy viendo la respuesta afirmativa en aquel papel timbrado tan elegante. Nos enseñaron el Palacio y nos dejaron allí solos un par de horas para tomar notas y fotografiar. Julián llenó su cuaderno y yo gasté todos mis carretes. Un día inolvidable, contemplando desde las ventanas de la pequeña torre la vista de la Clerecía y la Purísima. Un capítulo entero del libro está dedicado al Palacio. También estaba orgulloso de las pruebas de Carbono 14 que mandó hacer de los bancos del aula de Fray Luis de León de la Universidad, cuyo resultado es bien conocido, datan del siglo XVI. Así como me enseñaba los planos de la Capilla de la Universidad en las sucesivas restauraciones, de cuando el viajero Jerónimo Münzer veía las pinturas del Cielo de Salamanca sobre la Biblioteca, etc. Estaba muy orgulloso de ese libro, la "Salamanca desconocida", aunque todos sabemos que su especialidad fue la heráldica y sus aportaciones a la Historia del Arte mediante esa disciplina, como las posibles dataciones de la fachada de la Universidad.

Después hizo otros libros conmigo de colaborador; libros muy bonitos, como aquel de *Patios salmantinos*, o *Heráldica real y nacional en Salamanca*, que fueron libros de protocolo, que no se pusieron a la venta. Cuando enfermó, tenía otro preparado, con fotos ya colocadas y ordenadas, también sobre heráldica, casi maquetado, pero ya no hubo ocasión de publicarlo. En su ordenador estará.

Y, hablando de ordenadores, enseguida se adaptó a los nuevos tiempos; entonces me sorprendía con las cosas que sabía hacer, además de escribir y editar textos. Sus hijos vivían fuera, lejos, en todas partes del mundo, y hablaba con ellos por skype. Me contaba sus problemas de virus y troyanos, de la memoria Ram del ordenador y me preguntaba sobre cuántos megabytes tenían mis fotos, que luego no podía "moverlas". Era un fenómeno. En el libro *Patios salmantinos*, algunos de esos patios los descubrió con el Google Maps. Decía: "He visto en internet un patio que puede ser interesante como arquitectura moderna, en la actual Facultad de Derecho..." Y allí iba yo a fotografiarlo.

A pesar de su "actualización" técnica, era un caballero en sentido clásico. Con las señoras, con los niños, con los de arriba, los de abajo y los de en medio; siempre correcto y digno; sin adular ni humillarse, para nada. Por cierto, los honores no le gustaban en absoluto; decía que le daba vergüenza que hablasen bien de él. Una vez interrumpió al orador que le presentaba en una conferencia, cuando leía su currículum, con la disculpa de que se iba el tiempo y había que hablar de otras cosas más interesantes. Cuando le fue concedida la Medalla de Oro de la ciudad, junto a D. Manuel Fernández Álvarez (buen amigo suyo), me comentó que lo había pasado mal con tanta parafernalia, que no quería esas cosas mientras viviera. A tal punto que, en una ocasión, le propusieron dedicarle una calle en Ponferrada, donde había sido profesor, y les contestó que no, que en vida no le harían tal cosa. Me lo contaba realmente molesto. No sé si en Salamanca hubo ocasión similar pero, de no haberlo sido, ya es tiempo de dedicarle aquí una calle; ahora no se enfadaría. Era muy discreto y quería pasar desapercibido pero, claro, no podía ser, porque todo el mundo le conocía, al menos por la zona universitaria. A veces, se desplazaba por calles muy secundarias para evitarlo. Tal es así que aún su nombre no figura en la Wikipedia, ¿cómo es posible?... Discreto hasta para morir, se fue sin molestar a nadie, sin esquelas ni velatorios. Las puertas de los Cielos del Arte se abrieron para él pero, eso sí, sin ruido.

De Salamanca estaba enamorado, pero no visceralmente, sino técnicamente o artísticamente. A menudo, repetía que pocas ciudades del mundo podrían reunir en tan corto espacio tantos tipos de estilos artísticos, desde romano hasta contemporáneo. Que Salamanca era una ciudad especial para estudiar Historia del Arte, solo superada -en algunos aspectos- por Florencia. Porque tenemos puente y murallas romanas, algo-poco- de arte árabe, románico, gótico, plateresco y renacentista, barroco, neoclásico, y muchos tipos de arte moderno. Y con piezas de mucha calidad; algunas punteras. Claro que Roma tiene mucho más arte, pero no en un espacio paseable en una hora. Es decir, Julián estaba encantado de haber trabajado aquí aunque para él ese trabajo era pura diversión: "He tenido la suerte de trabajar en lo que me gusta y además me pagan por ello", me decía a veces. Así que, cuando se jubiló, siguió dando sus cursos de Máster en Bellas Artes (iba andando a esa lejana Facultad) o en la agrupación cultural Alfonso X el Sabio.

D. Julián era de esas personas que, al menos en mi caso, te marcan y son una referencia. De esas personas que cambias de acera para saludarle, que no olvidas su número de teléfono, que presumes de haber conocido y que, cuando surge su nombre en una conversación, dices con orgullo: "Yo le conocí, trabajé con él y fui su amigo".

